

XXII

Era este tan grande que el conde tuvo que tomarse gran trabajo para hacérmelo comprender. Mi conciencia se rebelaba, y me impedía, hasta cierto punto, dar fé á lo que escuchaba. Existen, amigo mío, ciertos cerebros, en los cuales es difícil hacer calcar ciertos pensamientos.

A pesar de mi honradez, nativa, que no había alejado de cierta influencia malsanas; á pesar de una existencia excepcional que me había puesto al abrigo de todo espectáculo dañoso, yo no era del todo ajeno á ciertas miserias punibles de la vida; pero con todo, creía que la educación esmerada era una barrera infranqueable entre el hombre y esas miserias.

El señor de Blangy reconocía que en la aristocracia y la burguesía existían estas miserias como caso excepcional, y á pesar de todo rehusaba creerlo yo.

Pero tuve que rendirme á la evidencia. Reducido por la belleza de Berta, por su talento y originalidad, el conde, como yo, hizo un matrimonio por amor.

Pero Berta, más culpable que Paula no despreció el matrimonio como aquella; antes al contrario, usó toda suerte de coqueterías para que el señor de Blangy la diese su nombre y su fortuna.

También es verdad que no se condujo como Paula después de casada, de idéntica manera; no puso cerrojos á la puerta y no prometió guardar absoluta castidad. El conde tenía sobre mi una superioridad incontestable: fué marido de su mujer. Pero, esto no obstante, advirtió bien pronto cierta frialdad, cierta repugnancia en aquellos más íntimos deberes conyugales. El Sr. de Blangy, acostumbrado, cuando soltero, á otra expresión, á otro cariño, vista aquella reserva alarmóse gravemente. Como yo pensé en mi día, pensó el señor de Blangy, si su esposa economizaba las ternezas era para prodigarlas en otra parte. Siguióla, vióla penetrar en una casa de la calle de San Luís, sobornó al portero, escóndiése en cualquier parte de la habitación, y, más astuto que yo, pudo escuchar cuanto allí se dijo entre su mujer y la que ¡por desgracia! había de ser la mía.

Lo que se dijo en aquel momento, en el cual el matrimonio, como orden, fué puesto á los piés de los caballos, sonó tan desagradablemente en los oídos del conde, que se atrevió á interrumpirlas.

Apareció en el momento en que se bablaba peor de él. Paula, en su cualidad de soltera, se puso roja, pálida, de mil colores, y acabó por un ataque de nervios. En cuanto á la condesa, mostróse de audaz; no se retractó de ninguna de las especies vertidas, y, hasta, glorificó sus subversivas ideas.

El conde, durante la vida disipada que llevó de soltero, había visto mucho anómalo y mucho extraño, pero sin embargo, quedó mudo de estupor.

Pasó la indignación; de la cólera al desprecio: No sabía que decir. Ni aún tuvo fuerzas para castigar.

¡Castigar! ¿Y cómo?

—La justicia—decía el conde—me hubiera rehusado su concurso; no se han previsto ciertas faltas, y la impunidad las absuelve. Acaso, ni aún los tribunales hubiesen fallado un divorcio; las faltas de mi mujer para conmigo eran de tal índole, que el juez se hubiera inhibido por no juzgarlo. Y después de todo ¿que pruebas tenía yo de tal delito? El dicho de vuestra esposa; y estaba demasiado interesada en el asunto para decir verdad. ¡Poneos en mi caso! Las gentes de mundo, en caso semejantes no disponen de medio alguno. Le repugna á uno la violencia y la brutalidad. Témesese al ruido que pueden producir; témesese al ridículo... ¿Como se hubiera tomado lo mío? He oído á mis amigos de Club, burlarse sangrientamente de los pobres maridos engañados... ¿hubiera yo encontrado gracia á sus ojos por faltas excepcionales? No; hubiéranse reído de mí, compadeciendo, á mi mujer. En París, y en el siglo XIX, se prefiere, hacer sarcasmos sobre las víctimas, y oraciones piadosas acerca de los culpables. Hé aquí, como toda suerte de vicios, seguros de la impunidad, se han infiltrado en nuestras costumbres.

Confieso, querido amigo, que apenas escuchaba, en aquel momento, las recriminaciones del señor de Blangy contra la sociedad moderna. Me ocupaba solo de mi desgracia.

Pero en fin,—esclamé en un momento de lucidez—¿habéis al menos procurado impedir que se viesen y alejarlas una de otra?—Sí que lo he ensayado... pero... ¿creís que un hombre que se respeta puede ser durante mucho tiempo el canchaleso de su mujer? Ese espionaje continuó acaba por fatigar, descorazona á la larga la voluntad más firme, enerjía mejor templada.

—¿Y quien os impedía—repliquele—hacer marchar á

vuestra mujer con vos? En tierra estraña, la vigilancia ha-clase inutil.

—¡Error! El día que la hubiera dejado sola un momento, en el hotel, se hubiera largado, como una flecha, en el primer tren, en busca de su inseparable.

—Pero, — dije con más fuerza, — puede que la señora Blangy no hubiera encontrado á la señorita Giraud, en París; si durante vuestro viaje con la condesa, se la arranca brutalmente de su casa; si entonces os vais hácia América, por ejemplo, y la otra marcha hácia Rusia, sin prevenir á la una ni á la otra... ¿se encontrarían? ¿Donde? ¿Cómo?

XXIII

Interrumpíme para ver el efecto que sus palabras producian en el conde.

—¿Y quien me asegura—me respondió este que, contra su voluntad pudiera arrancarse de París á la señorita Giraud? Ni su padre ni su madre seguramente seguro de mi idea interrumpide:

—Señor Conde ¡No os hablo de lo que pudierais haber hecho! De lo que se puede hacer hoy, si. Si el código ordena que la mujer debe seguir al marido, medios teneis para haceros obedecer, como los tengo yo. No se trata de una mujer soltera que depende de sus padres, no; de mujeres casadas que dependen de nosotros. Nada se nos opone: partamos esta tarde para París; bajamos en cualquier hotel pára ocultar nuestra llegada; hacemos de prisa y re-

servadamente nuestros preparativos de viaje; reunimos fondos para que vuestro viaje no pueda interrumpirse por la pequeñez de un déficit monetario; luego llegamos á la audiencia y obtenemos una entrevista con el fiscal imperial que pondrá en nuestras manos los medios legales que necesitamos para ser obedecidos por nuestras esposas. ¡Ah, señor conde, nada de delicadezas! La ley nos protege; sirvámonos de la ley! Terminados los preparativos, y llenas todas las formalidades, entonces, nosotros, estrechamos nuestras manos y nos decimos adios. Dos coches nos esperarán á las puertas de nuestras casas. En el uno subiremos nosotros: en el otro vos y vuestra esposa, pero, sin darlas tiempo de verse, de escribirse...Puede que resistan...pero ¿no vamos decididos?

Una vez que sigan, dos expresos en opuestas direcciones, las pondrán, en solo veinte y cuatro, horas, muy lejos á una de otra.

¿Que decís?

—Que puede salir bien.

—¿No es verdad?

—Pero—replicó el conde, despues de un instante de reflexión — si vos, hacecuatro meses que os separais-teis de vuestra mujer, yo lo estoy de la mía, hace tres años. La desgracia que os afecta, es aún reciente; vuestras heridas aún sangran, y las mías, ¡estan ya cicatrizadas!

Antes hubiera aceptado con estusiasmo vuestra proposición... hoy la rechazo porque ya no amo!

—¡No amáis!—esclamé.— ¿Entonces, porque persistís en vuestro voluntario destierro?

¿Porque no habeis vuelto á París despues de tanto tiempo, á continuar vuestra vida habitual, á tomar de nuevo las relaciones que dejasteis como vuestra carrera? ¿Porqué vejetar aquí cuando podiais vivir en París?

Bajó la cabeza sin responderme. Enardecido por aquel silencio y aquel éxito, continué:

—¡Seal No la amáis. El desprecio ha muerto nuestro corazón. Nos son indiferentes. No merecen ni siquiera el trabajo que nos tomemos en recobrarlas. ¡Pero, amigo mío, la moral, esa moral que invocáis á todas horas! ¡Acusáis á personas que no quieren condenar el delito, sea el que, fuese, y, sin embargo, aquellos á quienes criticáis, no están como nosotros, obligados en conciencia, á la represión, de un flagrante delito. ¡Qué! ¡Reservaréis vuestra cólera para los otros y para vos concederéis indulgencias plenas? No, caballero, no; nos debemos á la sociedad y nos debemos á nosotros mismos la justicia de hacerla!

Y así estuve hablando largo rato. ¡Ah, amigo mío! ¡No era yo en aquellos momentos el recién casado que habéis conocido, lleno de delicadeza, reserva; inocente y púdico, pasando una etapa de su vida en demanda de una indescifrable enigma!

¡Se había hecho la luz! ¡sabía, veía, y sobre todo, quería!

XXIV

A los tres días de celebrar esta entrevista con el conde de Blagny, llegué á París en compañía de éste, y me hospedé en un modesto, pero decente hotel de la calle de Bac. Se nos figuró, y en esto estuvimos de acuerdo, que era lo más conveniente poner el Sena entre nuestras esposas y nosotros para evitar la casualidad de un encuentro inesperado.

Nos propusimos hacer todas las diligencias en coche, y estábamos preparados para suplicar á las personas, á las que habíamos de ver por necesidad, que guardasen la mayor reserva acerca de nuestra llegada.

Fué tal y tan grande la actividad que desplegamos en estas visitas y en las compras y pedidos de fondos indis-

pensables para llevar á cabo nuestros propósitos, que en breve tuvimos terminadas nuestras gestiones.

A las cuarenta y ocho horas de llegar á París, hallábamonos dispuestos á abandonar otra vez la capital y en disposición todo para obligar á nuestras respectivas esposas á que nos siguiesen.

—¿Es para esta noche?

Pregunté al conde, al que ví, á eso de las cuatro de la tarde, en el hotel en que se hallaba hospedado.

—Sí, esta noche.

—Está bien.

—¿Terminastéis todos vuestros asuntos?

—Sí.

—Yo también; estuve en el Banco é hice varias visitas, entre ellas una á mi apoderado, con el que nos pusimos de acuerdo respecto á ciertos asuntos.

—Hice lo mismo, de modo que todo está corriente.

—Así lo espero.

—Lo celebro mucho, porque así no tropezaremos con ningún entorpecimiento.

—Quedamos, pues, en que todo está corriente—dijo el conde.

—Sí, así es.

—Nada, entonces, nos detiene aquí, y, á la verdad, amigo mío, deseo acabar cuanto antes.

—Comprendo que sea así, porque á mí me sucede lo mismo y las horas me parecen siglos.

—Siendo así, manos á la obra.

—¿Qué camino pensáis seguir?

—¿Por qué?

—Porque ese es un punto importante, acerca del cual conviene que nos pongamos de acuerdo, como hacemos con todo lo demás.

—Decidme cuál es el itinerario que pensáis seguir, y yo arreglaré el mío con arreglo á él.

—Si no tenéis ninguna objeción que hacer,—me respondió el conde de Blagny—me dirigiré hacia los países del Norte.

—No me parece mal.

—Sí, pienso ir adelante, sin detenerme y sin poderos precisar de antemano los puntos en que pueda irme deteniendo.

—No tengo necesidad alguna de enterarme de ese punto.

—Está bien.

—Escojistéis el Norte, yo elijo el Mediodía.

—No me parece mala idea.

—¿Os agrada?

—Sí, porque no me parece desacertada.

—Me congratulo de que estemos de acuerdo.

—Así debe ser, si es que queremos llevar á buen término nuestra empresa.

—Esta misma noche tomaré el expreso de Marsella.

—Bueno.

—O quizás el de Burdeos.

—Entonces es preciso que, antes de las ocho de la noche, os halléis en cualquiera de las dos estaciones.

—Cuento hacerlo así.

—En ese caso ya no nos queda más que hacer que ultimar el acuerdo y ocuparnos de algunos detalles de ejecución.

—Nó, porque ya lo hicimos y está todo corriente.

—En ese caso ya no nos queda que hacer más que despedirnos, desearnos mutuamente buena suerte en nuestra empresa, y poniendo, desde luego, en práctica nuestro plan, dirigirnos á la calle de Caumartín.

—Así es.

—En marcha, pues, y ¡adelante!

XXV

Llamamos á un camarero del hotel, ordenándole que fuera en busca de dos coches.

Hízolo así el criado, y pocos momentos después volvió á preesentarse para decirnos que los carruajes esperaban nuestras órdenes en el patio del hotel.

Pusieron en ellos nuestros equipajes, y el conde y yo nos despedimos, cambiando antes algunas palabras y estrechándonos afectuosamente la mano.

Hacia muchos días que habíamos llegado á conocernos á fondo el uno al otro, y nos queríamos y estimábamos de veras.

A las seis de la tarde se detuvo mi carruaje en la calle de Caumartin y delante de la puerta de mi casa.

Me apeé con mucho apresuramiento, y sin contestar al

saludo del portero, y respondiendo lacónicamente á sus obsequiosidades y preguntas, subí bastante deprisa la escalera.

Conservaba en mi poder el llavín, y gracias á él pude abrir y entrar en mi casa sin tener que detenerme.

*
*
*

Entré en el salón.

En aquellos momentos latíame con tanta fuerza el corazón, que parecía querérseme saltar del pecho.

Mi aspecto era, sin embargo, el de un hombre que estaba tranquilo, y en mi mirada debía traslucirse una expresión enérgica.

Paula estaba en el salón.

Hallábase sentada en una butaca y tenía sobre las rodillas un libro abierto.

Al verme entrar dió un grito de sorpresa.

Púsose en pie inmediatamente y salió á mi encuentro, tendiéndome la mano.

No correspondí á este movimiento, y mi brazo continuó en la misma posición,

—¡Cómo!—exclamó sorprendida—¿Será posible?

—¿El qué?—pregunté.

—El que al volver de un viaje que nos tuvo separados durante cuatro meses, no me saludéis ni deis la mano.

No la respondí ni la miré.

Estaba sumamente cambiada desde que yo no la había visto.

Habían desaparecido los colores de sus mejillas, y hasta la sangre dijérase se retirara de aquellos labios, en otros tiempos tan rojos.

Bajo sus ojos hundidos y de apagada mirada, extendíase amoratada ojera, que desfiguraba su rostro, antes tan bello.

En cuanto á su talle, esbelto y bien formado, habíase adelgazado de una manera extraordinaria.

Llevaba un traje muy ancho y lleno de adornos y buillonos; mas, á pesar de esto, no era posible engañarse acerca del enflaquecimiento de toda su persona.

—¿Por qué me miráis con tanta fijeza?—preguntó con cierto asombro.

—Porque os encuentro sumamente cambiada.

—No diré que no.

—¿A qué se debe?

—A que hace algún tiempo sufro unas jaquecas atroces y, á veces, hasta fuertes y dolorosas palpitaciones de corazón.

—¡Ah!

—Deben ser, sin duda, los nervios.

—Así lo creo.

—Pero ¡qué extraña manera de saludarme tenéis, precisamente en el momento que acabáis de llegar!

—Empiezo, ante todo, por ocuparme de vuestra salud.

—¡Ah!

—¿No es esto lo natural?

—Sí, pero...

—Es preciso que os cuidéis.

—Dictad la receta, puesto que, según parece, os convertís, á vuestro regreso, en un médico.

Y esto me lo dijo Paula sonriendo.

—Es preciso adoptar otro plan de vida—me apresuré á responder.

—¡Otro plan de vida!

—Sí, es necesario viajar, cambiar de aires, hacer mucho ejercicio.

—¿De veras?

—Y tanto.

—Meditaré acerca de lo que crea que puede convenirme más, señor doctor, y quizás algún día me someta y siga vuestros consejos,

—No, no podéis hacer eso.

—¡Que no puedo hacerlo!

—¡No!

—¿Y por qué razón?

—Por la de que es preciso seguirlos desde hoy.

—¡Cómo! ¡Desde hoy!

—Sí.

—Eso es imposible.

—No hay nada que lo sea.

—Hoy no puedo hacer nada.

—Os doy una hora de tiempo para hacer vuestros preparativos de viaje.

Y, al mismo tiempo, sin mirarla, sin hacer ningún caso de su extrañeza, me acerqué á la chimenea y toqué el timbre.

*
* *

Vino una doncella.

—La señora,—dije,—sale esta tarde de viaje. Poned en una maleta, los utensilios de tocador más necesarios. Ella irá á ayudaros. Daos prisa.

—¡Pero estáis loco, caballero!—gritó Paula en cuanto hubo salido la doncella.

—Jamás he estado más cuerdo,—respondió—¿y creéis que voy á partir así, de cualquier modo, por un capricho vuestro?

—¡Oh! ¡No es capricho; es una voluntad firme, inquebrantable!

—Entonces, no se trata de mi salud; porque aún admitiendo que yo estuviese enferma, no soís vos el que ha de decidir mi tratamiento.

—Os creo moralmente enferma y de gravedad; y esto me basta. Conozco también que, en la parte física, no estáis buena tampoco y esta doble dolencia me ha decidido.

—¿Y qué ideas tenéis? No las conozco aún.

—Las conocéis en totalidad. Dejáis á París, hoy, á las ocho.

—¿De veras? ¿Y parto sola?

—No, conmigo.

—¡Comprendo! Necesitáis compañía... os cansa viajar solo.

—Como lo decís.

—¿Y á dónde me conducís?

—¡No lo sé!

—¡Delicioso!—exclamó Paula soltando la carcajada.

XXVI

No me inmuté: luego que cesó de reir, añadí calmamente:

—Permitidme que os advierta, que el tiempo corre. Si no dáis instrucciones al intento, vuestra doncella lo hará todo al revés, y, cuando lleguéis al primer descanso, os encontraréis desprovista de todo.

—No tengo instrucciones que dar,—respondió Paula sentándose.—¡Yo no marchó!

—Os pido perdón,—repliqué,—¡Iréis de grado ó por fuerza!

—¡Por la fuerza!—exclamó.

—Sí; á la fuerza. He tomado toda suerte de precauciones, mirad,—continué sacando un pliego de mi bolsillo,—enviando esta carta á dos pasos de aquí, á cierto

señor Bellanger, vencería vuestras rebeliones. Quizás no conozcáis al señor Bellanger que es, sin embargo, muy conocido en el barrio. Creedme; no me obliguéis á hacerle intervenir y obedeced de buen grado.

Miróme Paula un instante, comprendió la gravedad de la situación, y tomando rápidamente un partido:

—Viajaremos, sea,—dijo,—Me lo imponéis, y la ley os da derechos sobre mí. Pero partir esta tarde es casi imposible. Tengo que despedirme.

—¿De quién?

—De mis padres.

—Estarán aquí dentro de un momento; les he prevenido de nuestra partida. ¿De quién más?

—De la señora de Blangy.

—¡Me lo figuraba!—contesté perdiendo un poco de mi calma,—pero... la señora de Blangy no tendrá tiempo para recibir vuestro adiós... como vos, esta tarde se pone en viaje...

—¡Berta! ¡Imposible!—exclamó Paula.—¡Vos me engañáis!

—¿Y por qué no ha de partir? ¿No marcháis vos?

—Sí, pero á la fuerza. Por de pronto, la condesa no tiene la desgracia de estar en poder de un marido...

—¿Así, pues, el conde ha muerto?

—Casi; puesto que Berta nada sabe de él.

—Voy á ilustraros un tanto. En este momento, á algunos pasos de nosotros, en la calle de Caumartin, en un segundo piso, se desarrolla una escena parecida á la que aquí ha tenido lugar. Por motivos iguales, el conde obliga á su mujer á que le siga, y usa idénticas razones. El la indica su resolución; ella rehusa y el conde dice: «No retrocederé ante la violencia ni ante el escándalo; vos me seguiréis, de grado ó por fuerza...» y ella le seguirá, porque es imposible toda resistencia ante un hombre como señor Blangy, que, posee armas terribles contra su mujer... y contra vos...

Paula palideció y bajó la cabeza.

Yo continué animándome cada vez más.

—¿Me habéis comprendido, no es cierto? Encontré al señor Blangy en Niza; nos hicimos amigos y cambiamos nuestras confianzas. Sé la influencia que esa mujer ejerce sobre vos; y he prometido sustraeros de ella. El señor Blangy ha jurado secundarme y el conde y yo somos personas incapaces de faltar á una promesa. De modo, que decidios pronto á seguirme.

Confundida, aterrada, incierta sobre el partido que debiera tomar, mi mujer permanecía inmóvil en su asiento.

**

Sonó la campanilla; acerqueme hacia Paula y la dije:
—Son vuestros padres que vienen á despedirse. Os ruego que suprimáis toda recriminación, toda queja... de otro modo, á mi vez, tendré que explicar el motivo de este viaje.

—¡Oh, vos no haríais eso!—exclamó.

—Os he dicho que no retrocederé ante nada; ¿ante nada, comprendéis? Necesito que me sigáis. Si vaciláis un solo momento, hablo y luego obraré.

—Está bien,—contestó con voz plañidera,—os seguiré. Los padres de Paula entraron. Encargueme de explicarles á qué se debía el precipitado viaje de su hija.

Les manifesté que uno de mis parientes, que hacía muchos años se había ido á vivir á una capital de provincia, estaba gravemente enfermo.

Dije además que, al regresar de mi viaje, había yo pasado algunos días á su lado y oídole decir, con grandes instancias, que le llevara á mi mujer, pues deseaba verla antes de morir.

Paula, por su parte, no desmintió la fábula; despidióse de sus padres, abrazándolos, prometió volver muy en breve, y salió del salón para dirigirse á su tocador.

Sali tras ella para acompañarla.

XXVII

Entre el conde de Blangy y yo habíamos convenido, de antemano, que hasta el momento de emprender el viaje no dejaríamos solas un instante á nuestras esposas.

Era necesario impedir á todo trance que pudiesen escribirse.

Paula, que, al parecer, habíase resignado con su suerte, dió en mi presencia algunas órdenes á su doncella.

Sacó, apresuradamente, de un armario de luna, algunos objetos, que metió en un saco de noche, echóse un abrigo sobre los hombros, y púsose un elegantísimo sombrero de viaje.

Terminados que fueron estos preparativos, me dijo:

—Estoy á vuestras órdenes.

Echó á andar y bajó la escalera.

La seguí sin perderla de vista y observando sus menores movimientos.

El coche nos estaba aguardando delante de la puerta de la calle.

Abrí la portezuela é hice subir á Paula.

Dirigí una rápida ojeada á mi alrededor, y en la acera no ví absolutamente á nadie.

Tranquilo acerca de este punto, creí que podría acercarme á mi ayuda de cámara que, en aquel momento, ayudaba al cochero á colocar el equipaje en el pescante.

Tenía que darle algunas órdenes y, cuando un minuto después de dadas me volví, me llamó la atención una mujer que cruzaba con mucho apresuramiento la calle.

La reconocí enseguida; era la doncella de la señora de Blangy.

Mientras yo vigilaba la acera se aprovechó de ello para cruzar el arroyo y acercarse al coche por el otro lado.

Paula se inclinó, asomándose á la ventanilla, y pudo cambiar unas cuantas rápidas palabras con aquella mujer.

¿Qué fué lo que se dijeron?

Desde luego supuse que era completamente inútil interrogar á mi mujer acerca de esto. Subí á mi vez y grité al cochero, de manera que todo el mundo me entendiese: ¡Estación de Montparnasol El carruaje salió al trote hacia el boulevard. Descendiendo por la calle de Caumartin, nos encontramos con otro carruaje que seguía opuesta dirección. Creí reconocer el que, dos horas antes, había alquilado el conde. Nuestra doble expedición, pues, había salido perfectamente.

En la calle de Rivoli, y sin detener la marcha, saqué la cabeza y ordené al cochero otro itinerario.

A las ocho, menos algunos segundos, llegábamos á la estación de Lyon. Tomé dos asientos para Marsella y subimos en el expreso.

XXVIII

La conversación que sostuve con Paula, de París á Marsella, no fué, como comprendereis, amigo mío, de las más animadas. La situación era muy tirante, y no podíamos ocuparnos de superfluidades. En cuanto á reanudar el diálogo interrumpido por los padres de Paula, era imposible. Entonces la dije cuanto era necesario, otorgó con su silencio y no la oculté la indignación que su conducta me inspiraba. Pero no era yo el más apropiado para luchar con ventaja y á dirigir contra ella los dardos que el señor Blangy había puesto en mis manos. Mi exceso de amor, que me impidió tomar una resolución enérgica y viril, había hecho de mí, en cierto modo, un cómplice de las faltas de mi esposa; hubiese hecho mal papel echándoselas en cara, y el desprecio que la hubiera manifestado, tendría en mí su resonancia.